

# LA GUERRA IGNORADA DE PUERTO RICO

José CERVERA PERY  
General auditor

## Una guerra de pocas palabras



E los tres escenarios navales en los que se consumó la pérdida de los últimos reductos del imperio ultramarino español —Cuba, Filipinas y Puerto Rico—, este último es el que menos ha merecido la atención de escritores o investigadores. Y este olvido —casual o buscado— no parece justo por cuanto que en la hermosa isla caribeña los marinos y militares españoles sufrieron también la injusta agresión de los Estados Unidos, y aunque las

circunstancias no fueron las mismas que en Cuba y Filipinas, en una guerra que sólo duró diecinueve días, el componente naval estuvo también presente, con matices de patente heroísmo como el combate sostenido por el destructor español *Terror* contra el poderoso crucero norteamericano *Saint Paul*.

Ante esta disparidad de tratamientos me tomo la libertad de revivir unos hechos, que si no centraron una atención tan crispada como los combates de Cavite y Santiago, si merecen el sencillo homenaje del recuerdo, evitando sugestivas tentaciones de derivar hacia otros puntos de opinión de los que todavía hay mucho que decir. Aunque en el planteamiento de muchos tratadistas lo de Puerto Rico siga siendo una guerra de pocas palabras.

## Pretextos, que no justificaciones

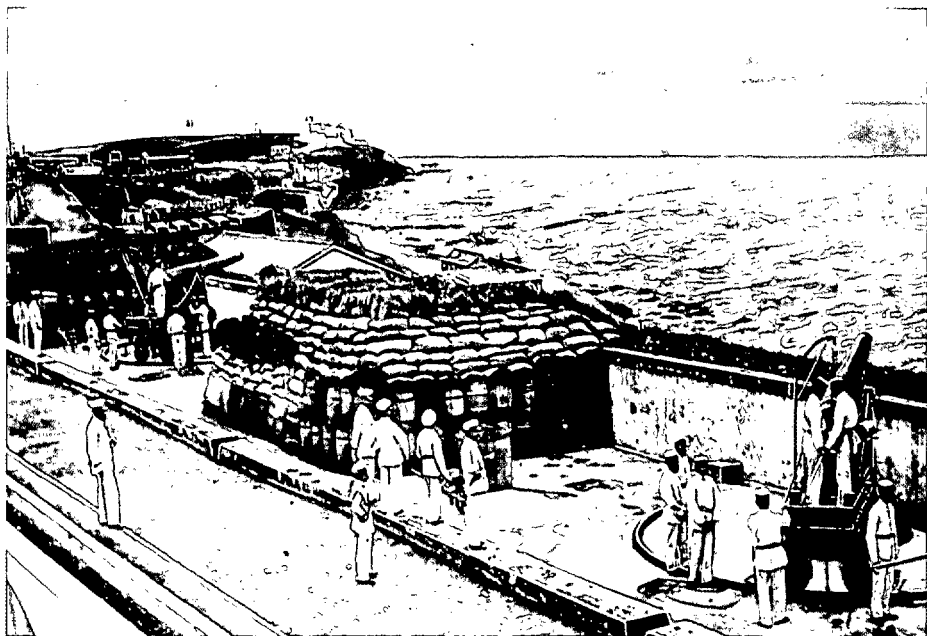
A cien años ya del desastre del fin de siglo, a pocos se les oculta que la guerra hispano-norteamericana, que nada tenía que ver con la confrontación que España mantenía en Cuba o Filipinas con los insurrectos de ambos territorios, no fue más que una serie de pretextos para apoderarse de dos enclaves que les permitirían disponer de un posicionamiento altamente estratégico. Desde que el *Maine* volase por los aires en el puerto de La Habana, los Estados Unidos redoblaron sus acusaciones contra España, y la guerra era indetenible. El *trust* norteamericano de prensa Hearts desató la campaña con gran alarde publicitario y los gobernantes siguieron comodamente sus aguas. El presidente MacKinley, en su mensaje al Congreso el 11 de abril, decía: «La

situación de Cuba es una amenaza constante para nuestra paz, perjudica nuestro comercio, a nuestros negocios (había puesto el dedo en la llaga), a nuestro pueblo». El embajador Wodford fue todavía más terminante. El 18 de marzo había dicho en el Congreso: «No creo que la autonomía proporcione la paz a Cuba, ni creo que los insurgentes puedan asegurarla. Sólo hay un poder y una bandera que puedan asegurar la paz. Los Estados Unidos son ese poder y la bandera norteamericana esa bandera...». Suponemos que desde su tumba los huesos de James Monroe se habrían estremecido de satisfacción.

Pero, ¿y Puerto Rico? En Puerto Rico no había guerra, mambises o reconcentrados. No había tampoco movimientos secesionistas o emancipadores que contasen con amplio apoyo popular, porque la culta elite de los Betance, los Hostos, los Henna, médicos e intelectuales, eran más pronorteamericanos que independentistas, aunque tuviesen que guardar las formas, y contaban poco en el sentir criollo. En Puerto Rico las promesas del proteccionismo, las razones humanitarias, o el bienestar de sus habitantes, no venían a cuento. Allí se actúa a las claras. La posición estratégica de la hermosa isla no es un bocado a compartir. Desde allá se controla a los ingleses de Trinidad y Jamaica; a los franceses de Martinica y Guadalupe; a los holandeses de Guayana y Curaçao; ¿a qué esperar más? La mesa estaba servida, y los comensales dispuestos para el festín.

### **Puerto Rico, español a ultranza**

El españolismo de Puerto Rico fue una constante mantenida a través de la historia. Con la guerra de sucesión y el advenimiento de la monarquía borbónica se suceden los ataques de ingleses y holandeses. Los primeros situados en Saint Thomas arribaron a las playas de Arecibo y Loiza, siendo en ambas partes rechazados por los puertorriqueños, quienes, además, los arrojaron de la cercana isla de Vieiquez que tenían ocupada. Los segundos atacaron por el puerto de Guayanilla que creían más desguarnecido, pero también fueron rechazados. Estos ataques determinaron una serie de expediciones de castigo, por parte española, contra las islas cercanas a Puerto Rico y ocupadas por extranjeros. En estas operaciones se distinguió el mulato puertorriqueño Miguel Hernández —buen nombre de poeta—, hombre de origen humilde que logró alcanzar el título de capitán de guerra y mar y ser condecorado por Felipe V. Pero Puerto Rico, presa siempre codiciada, precisaba de unos medios defensivos —fortificaciones y hombres— de los que hasta entonces no había dispuesto, salvándose de caer en manos extrañas gracias al entusiasmo y patriotismo de sus defensores. Así lo reconocía el mariscal Conde de O'Reilly, artífice de la reorganización militar y del establecimiento de un ejército regular, que más tarde sería frente a la invasión norteamericana un vigoroso elemento de resistencia.



Baterías de San Juan, dotadas de cañones Ordóñez de 15 centímetros.

La invasión de nuestra península por los ejércitos de Napoleón y los movimientos emancipadores de América se dejaron sentir en la vida económica y política de Puerto Rico, pero no erosionaron su acendrado españolismo. Se decretó la expulsión de los franceses radicados en la isla y para evitar cualquier peligro emancipador se otorgó a los gobernadores amplios poderes. Las Cortes de Cádiz concedieron a Puerto Rico su representación y el marino Ramón Power, primer diputado puertorriqueño en estas cortes, desempeñaría una gran labor legislativa.

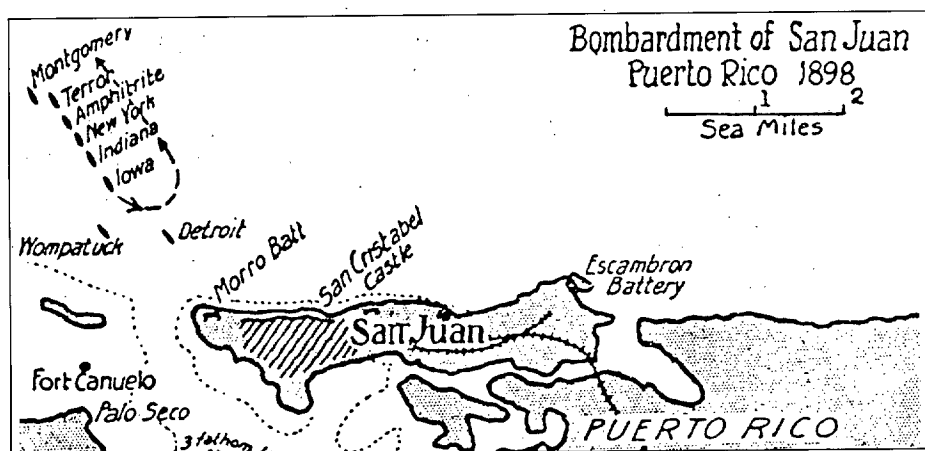
Apenas concedida la autonomía a Puerto Rico en 1898, se vio truncada a causa de la guerra entre España y los Estados Unidos, que propiciará, al término de la misma, su ocupación por los nuevos dominadores que la convertirán en colonia con un gobierno militar hasta 1900, en que por la llamada ley Foraker se implantó un gobierno civil. Posteriormente, diversas y sucesivas leyes han otorgado a sus naturales una mayor autonomía, pero no han conseguido eliminar las raíces hispánicas de la isla.

Es evidente que, para España, Puerto Rico constituyó un bastión y un lugar estratégico de presencia española en el Caribe y para los Estados Unidos igualmente una posición estratégica de primera línea; por eso la colocaron de matute en el tratado de París, sin otra justificación que la de su ambicioso

españolismo. Cuba, y posiblemente Filipinas, se habían perdido a consecuencia de unas guerras de españoles metropolitanos contra españoles ultramarinos, pero en Puerto Rico sólo jugaron los factores del aprovechamiento y del oportunismo.

### Una fuerza naval simbólica

Poco habría que añadir tras la destrucción en Santiago de la escuadra de Cervera, que es como decir la consumación del desastre antillano, pues ni las escaramuzas anteriores de la escuadra de las Antillas encomendadas al contralmirante Manterola, jefe naval del Apostadero de La Habana, o las últimas operaciones de los buques basados en Puerto Rico —dependientes del comandante principal de Marina Eugenio Vallarino— tienen una mayor significación en el desarrollo de los acontecimientos, como no sea el valor y la disciplina de que hacen gala las escasas fuerzas participantes, insuficientes y en parte inadecuadas para el penoso ejercicio de vigilancia y represión del contrabando, cuanto más para librar combates con la poderosa escuadra bloqueadora cuando hizo su aparición frente a las costas puertorriqueñas y en su primera acción violenta del bombardeo que la escuadra del almirante Sampson realizó el 12 de mayo sobre el puerto de San Juan, creyendo que dentro del mismo se encontraban los buques de Cervera, escabullidos, como es sabido, a su vigilancia. El bombardeo continuó días más tarde, aun a sabiendas de que en San Juan no había más buques españoles que los de la estación naval, lo que no habla muy bien de las intenciones humanitarias de protectores a protegidos.



Esquema del bombardeo de San Juan de Puerto Rico.

En cuanto a lo que a efectivos navales se refiere, la Comandancia Principal de Marina de Puerto Rico, dependiente orgánicamente del Apostadero de La Habana, tenía asignadas para la defensa de aquellas costas el crucero no protegido de segunda clase *Isabel II*, construido en Ferrol en 1876, de poco más de mil toneladas y una velocidad de ocho nudos. Componían su artillería cuatro cañones de 12 centímetros, seis piezas de tiro rápido, una ametralladora y dos tubos lanzatorpedos, y su comandante era el capitán de fragata José Boado. El *General Concha*, calificado como crucero de tercera clase no protegido, era en realidad un modesto cañonero de 584 toneladas, construido en Ferrol en 1883, con nueve millas de andar y un armamento de tres cañones de 12 centímetros, dos cañones de 37 milímetros y una ametralladora. Lo mandaba el teniente de navío de primera clase Rafael María Navarro. El *Ponce de León*, cañonero de segunda clase de 200 toneladas, construido en Inglaterra en 1895, armado con dos cañones de tiro rápido y dos más pequeños y que daba una velocidad de once nudos, estando al mando de dicho buque el también teniente de navío de primera Rafael Cristelly. Y, por último, el cañonero de tercera clase *Criollo*, perteneciente a la Comisión Hidrográfica, construido en 1896 —el más reciente de todos—, de 200 toneladas, una velocidad de seis nudos y un armamento de dos cañones de tiro rápido y dos ametralladoras.

¿Eran estos efectivos una agrupación de fuerzas navales capaces de enfrentarse o de discutir el dominio del mar a la poderosa flota norteamericana, que andaba a la búsqueda de Cervera? Creemos que un piadoso silencio evita la dureza de una respuesta que habría de causar sonrojos o indignación. Ciertamente que esta fuerza naval «simbólica» se había visto incrementada por la presencia del *Terror*, destructor torpedero del proyecto Villaamil, al mando del teniente de navío Francisco de la Rocha que, perteneciente a la escuadra de operaciones de Cervera, había quedado en Martinica averiado, y después de reparar llegó a Puerto Rico el 17 de mayo. Sería el único buque que intervino en la acción naval más notable de aquellas aguas, al sostener valiente combate con el crucero norteamericano *Saint Paul*.

El trasatlántico *Alfonso XIII*, construido en 1888, con 4.381 toneladas y una velocidad de 16 nudos que no pudiendo seguir para Cuba quedó en San Juan procedente de Cádiz, fue convertido en crucero auxiliar, montándosele cuatro cañones Hontoria de 12 centímetros, dos de nueve, dos de 75 milímetros y dos ametralladoras. Su comandante era el capitán de fragata José Pidal y su tripulación integrada totalmente por marinos de guerra.

## Un escenario naval poco adecuado

Si hemos presentado los protagonistas de la función, veamos ahora su escenario al producirse el conflicto hispano-norteamericano. Puerto Rico, la más pequeña de las grandes Antillas, tiene una superficie cuadrada de

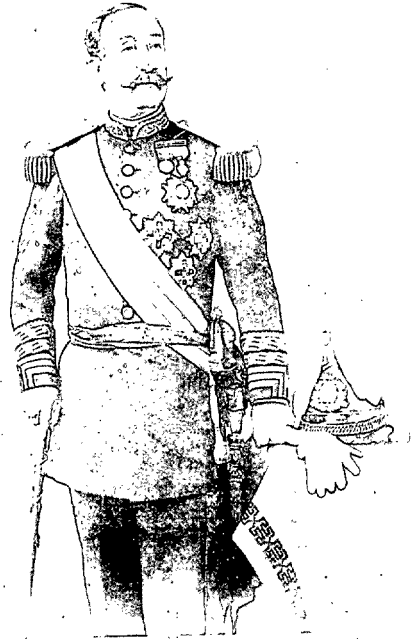
3.606 millas y dista 1.400 millas de Nueva York, 1.000 de La Habana y un poco menos del canal de Panamá. Su población en 1898 era aproximadamente de 953.000 habitantes. Su capital, San Juan, tenía 32.048; Ponce, 27.592, y Mayaguez, 15.187. En aquel año sus puertos principales, además del de San Juan, eran Mayaguez, Ponce, Arecibo, Aguadilla, Arroyo, Guanica, Fajardo y Huamaco. Una carretera de primer orden, que hoy en día sigue siendo la principal vía de comunicación, unía ya en aquel entonces Ponce con San Juan, atravesando toda la isla por el llamado camino militar, que lo hacía de sur a norte. Otras vías comunicaban Mayaguez y Ponce con los pueblos vecinos y un ferrocarril de circunvalación funcionaba en 1898 desde San Juan hasta Isabela y desde Aguadilla hasta Mayaguez.

Gobernaba la isla con el doble carácter de capitán general y gobernador civil el teniente general don Manuel Macías Casado, afable y culto, que en la guerra demostró ser más político que estratega. Su segundo, y gobernador de la plaza de San Juan, el general de división don Ricardo Ortega Díez, sí era un auténtico soldado, valiente hasta la temeridad y de carácter franco y generoso, aunque impulsivo. San Juan, la única plaza fuerte al estallar la guerra, tenía artilladas varias baterías con 43 plazas de calibre medio, todas de hierro y ninguna de calibre rápido. Su mantenimiento y adiestramiento no eran de los que pueden servir de modelo. Nunca hubo tiro formal de escuela práctica por temor a gastos, no había tablas de tiro y a raíz de la guerra fue necesario calcularlas. No había un solo telémetro y fue preciso usar algún teodolito. Los obuses de 24 centímetros, las únicas piezas de regular calibre que se poseían, no tenían pólvora reglamentaria y, al usar la de los cañones de 15 centímetros, el tiro resultaba irregular y corto. Las espoletas y estopines estaban en mal estado y, al pedirlos por cable, ya rotas las hostilidades, contestaron del Ministerio de la Guerra: «remitan fondos». Cuesta trabajo crearlo, pero ahí están los documentos que lo atestiguan. Y en esas condiciones de penuria y abandono, Puerto Rico hubo de hacer frente al bombardeo de la escuadra de Sampson el 12 de mayo de 1898, fecha también de ingrato recuerdo en los anales del conflicto.

Desde que el 29 de abril saliera de Cabo Verde la escuadra de Cervera, sufrió el puerto de San Juan las molestias del bloqueo, aunque con frecuentes intermitencias. Vapores de gran marcha y tonelaje, algunos provistos de tres chimeneas, rondaban el litoral reconociendo puertos y ensenadas. Eran estos buques el *Yale* (capitán de navío Wise), el *St. Louis* (capitán de fragata Goodrich) y el *St. Paul* (comodoro Sigsbee, que había sido comandante del *Maine* cuando ocurrió la explosión de La Habana). Todos eran cruceros auxiliares armados con numerosa artillería de tiro rápido. Pero el grueso de la flota de Sampson se presentó ante San Juan en el amanecer del 12 de mayo, iniciando el bombardeo para que de inmediato el cerro de San Cristóbal y el Morro aparecieran coronados por nubes de polvo rojizo producidas por la pólvora quemada de los cañones. Las baterías de tierra respondían con cora-

je, aunque demostrando los artilleros su falta de experiencia al no haber realizado con anterioridad prácticas de tiro.

La escuadra de Sampson maniobraba con lentitud pero sin dejar de hacer fuego, con andanadas bien mantenidas, haciendo inútiles los esfuerzos costeros por batirla. Se trataba sin duda de la escuadra más moderna y más potente que bombardeara una plaza fuerte. El *Indiana*, con sus piezas de 13 pulgadas (las de mayor calibre conocidas hasta entonces), disparaba granadas de gran peso, algunas de las cuales cayeron más allá de la bahía, alcanzando fincas del exterior. Los *Iowa*, *New York* y *Anfirrite* maniobraban disparando con exactitud matemática; el *Terror* norteamericano —del mismo nombre que el español— el *Montgomery* y el *Detroit* hacían lo mismo, este último buque aguantando sobre la boca del puerto. Se generalizó el combate por mar y tierra; *Indiana*,



El capitán general de Puerto Rico, Macías.

*New York*, los dos monitores y restantes buques lanzaban andanadas tratando de demoler el Morro, pero la eficacia de fuego de las baterías españolas fue mejor y más efectiva de lo que podía esperarse, siendo las bajas norteamericanas un muerto y cuatro heridos a bordo del *New York* y tres herido en el *Iowa*. Las españolas resultaron lógicamente más numerosas, pero el espíritu se mantuvo firme y la moral elevada. El general en jefe lo hacía constar en la «Gaceta Oficial de Puerto Rico» al dar cuenta del bombardeo:

«Es la primera vez —escribía— que en lucha tan desigual se ve forzada a confesar su impotencia, retirándose acompañada por los proyectiles de las baterías en tierra una escuadra numerosa y dotada de todos los elementos poderosos de las marinas modernas, y el honor de haber alcanzado el éxito será el mejor galardón para los defensores de Puerto Rico.»

En la guerra lejana e ignorada de aquella isla, el bombardeo de San Juan y su respuesta habría de ser, sin duda, la operación de resistencia más importante de la campaña.

Las razones en que apoyó Sampson su ataque a San Juan y que explicó en su informe al secretario de Marina resultan inadmisibles para un análisis crítico. Estando en la mar a la vista de la Martinica la escuadra de Cervera (aunque Sampson no lo sabía pero debía presumirlo por los continuos informes que recibía del secretario Long), aquél, y no otro, debió ser el objetivo de la flota norteamericana, pero atacar por sorpresa, gastando buena parte de sus repuestos de municiones, sufriendo las averías del propio fuego y las probables que podía hacerles el enemigo, y todo para obligar a las baterías de costa a que gastasen sus efectivos, es argumento de valor negativo. Sampson en realidad está buscando a Cervera y éste se le escabulle; cree que puede encontrarlo en Puerto Rico y al no hallarlo bombardea la ciudad; pero Sampson, que no es ningún indocumentado, preferirá tener a Cervera en la ratonera de Santiago de Cuba a encontrárselo en la mar, donde tal vez la suerte del combate hubiese sido otra.

Se inicia, por tanto, con este bombardeo a San Juan la guerra hispano-norteamericana en el escenario puertorriqueño, navalmente poco adecuado, y cuya cronología puede ser resumida en pocas líneas. El general Nelson A. Miles desembarca en Guanica, toma Ponce y Yauco, mientras que otra expedición al mando del general Wilkson se apodera de Acoamo y llega a Asomate. Más generales norteamericanos en liza para someter la resistencia española. Brooke, Sewan, Henry... Combates de Hormigueros y Mayaguez; toma de Arroyo y Guayamo. Final de una guerra que ha durado sólo diecinueve días. Protocolo, armisticio, conversaciones... y lo previsto: el 18 de octubre, consumado todo, las fuerzas militares de los Estados Unidos ocupan oficialmente la capital, y la nueva bandera del águila y las estrellas sustituyen al viejo pabellón rojigualdo. Como en Cuba, los independentistas puertorriqueños se han visto marginados, pero el heroísmo habrá ganado, una vez más, una alta cota.

### **Epílogo testimonial: el combate del *Terror* contra el *Saint Paul***

Quéde como último homenaje testimonial de aquella guerra ignorada, «de pocas palabras», la acción naval más notable librada en aquellas aguas. El 22 de junio el destructor *Terror*, que formaba parte de la escuadra de Cervera y que averiado en la Martinica había conseguido llegar a Puerto Rico burlando también el acecho norteamericano, se hizo a la mar por haber señalado el vigía del puerto la presencia de un barco sospechoso. Le acompañaba el *Isabel II*, al que pronto rebasó, siguiendo a toda máquina proa al barco que resultó ser el crucero de 11.000 toneladas *Saint Paul*, armado de 32 cañones de cinco y seis pulgadas de tiro rápido. Este buque rompió fuego cuando todavía estaba separado del *Terror* por una distancia de 15.000 metros, lo que no fue obstáculo para que el destructor español marchara sobre él bajo una verda-



dera lluvia de proyectiles hasta situarse a unos 4.000 metros, máximo alcance de sus modestos cañones. Al llegar a esa distancia, el teniente de navío Francisco de la Rocha ordenó romper el fuego con los dos únicos cañones de 57 milímetros que poseía e hizo su primer disparo con tanto acierto que se vio explotar la granada en la popa del *Saint Paul*. Seguía ese barco con su fuego de andanada y el destructor español aproximándose temerariamente con toda la fuerza de sus máquinas, tratando de embestirlo. Una de las numerosas granadas lanzadas por el *Saint Paul* le alcanzó, sin embargo, cortándole las transmisiones del servomotor, inutilizándole prácticamente el timón, y otra granada le entró por la banda de babor produciéndole un enorme boquete que cogía tres planchas; pero aún con la popa sumergida y varios incendios declarados, la dotación, con elevado espíritu, no dejó de contestar al fuego enemigo, procediendo también a contener el de su propia cartuchería.

Aunque no llevase a cabo la acción de estrellarse con su barco por haberse quedado casi parado, no cabe duda de que el *Terror* realizó un notable hecho de armas combatiendo en desigual duelo de artillería con un adversario muy superior, ya que, primero por la distancia y después por las averías, no pudo lanzar los torpedos. Este combate fue presenciado por numerosos testigos desde la costa, espectadores de excepción de cómo por primera vez en la historia de las marinas del mundo un modesto destructor atacaba a un poderoso crucero en pleno día.

El *Terror* pudo aún por sus propios medios llegar hasta la entrada del puerto, y allí fue remolcado por el cañonero *Ponce de León*. El crucero *Isabel II* también sostuvo combate, permaneciendo dentro del campo de fuego enemigo hasta que, tomado el relevo por el *Terror*, los fuegos del *Saint Paul* se centraron principalmente sobre él. El comandante de Marina de Puerto Rico, Eugenio Vallarino, dio cuenta al ministro Auñón de las vicisitudes del encuentro, en los siguientes términos:



El jefe supremo de la Marina norteamericana, general Nelson A. Miles.

«Excmo. Sr: Hallándose interrumpidas las comunicaciones con la capital del Apostadero tengo la honra de dirigir a V. E. copias de los partes de campaña de los comandantes del crucero *Isabel II* y contratorpedero *Terror* que relatan el combate sostenido con un crucero americano el día 29 del mes actual, acompañando relación nominal de las dotaciones de ambos buques al entrar en combate y otra detallada de muertos y heridos del cazatorpedero *Terror*. A lo manifestado por ambos comandantes, sólo me resta añadir que el pueblo en masa y la guarnición toda presenciaron el desigual combate, sostenido brillantemente por nuestros buques, y comentaron con entusiasmo y frases de merecido elogio la decisión y hábiles maniobras de nuestra reducida fuerza, y sobre todo la bizarría y denuedo del cazatorpedero al dirigirse a toda velocidad hacia el potente enemigo, a pesar de la lluvia de proyectiles que caía a su alrededor. Por todo lo expuesto, comprenderá V. E. que el nombre de la Marina ha quedado a una gran altura en esta isla, donde era preciso demostrar que el espíritu de los buques de esta Estación Naval es el mismo que anima a nuestros compañeros de Cuba y Filipinas para combatir al enemigo, aun cuando las fuerzas de éste sean muy superiores. Creyendo son dignos de recompensa los comandantes, oficiales y dotaciones de los buques que sostuvieron el combate, remito a V. E., desde luego, propuesta del comandante del *Terror* para su dotación, no haciéndolo de la del *Isabel II* por no haber tenido aún autorización del comandante general del Apostadero.»

Como en Cuba y Filipinas, el honor de la Marina quedaba también a salvo en Puerto Rico. Poco más podía hacerse habida cuenta, sobre todo, de que también la hermosa isla antillana tenía su triste destino marcado de antemano...

